

C E T Y S   U N I V E R S I D A D

Alberto Gárate Rivera  
(coordinador)



# Educadores y pedagogía de la alteridad

NARRACIONES DESDE LA EXPERIENCIA

Educadores y pedagogía de la alteridad:  
Narraciones desde la experiencia



Dr. Fernando León García  
RECTOR DEL SISTEMA CETYS UNIVERSIDAD

Dr. Alberto Gárate Rivera  
VICERRECTOR ACADÉMICO

C.P. Arturo Álvarez Soto  
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Dr. Jorge Ortega Acevedo  
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL

## Educadores y pedagogía de la alteridad: Narraciones desde la experiencia

Alberto Gárate Rivera  
(coordinador)

*Textos de*

*Iván de Jesús Contreras-Espinoza  
Shajaira Murrieta Villarreal  
David Omar Pérez Solórzano  
Elsa Martínez Regalado  
Alejandra Caso Corella  
Carol Ann Barry Mc. Cubbin  
José María López Ortega Magallanes  
Edgar Allan Romero Angulo*

*Prólogo de  
Pedro Ortega Ruiz*

*Educadores y pedagogía de la alteridad:  
Narraciones desde la experiencia*

D. R. © Los autores

D. R. © Programa Editorial del CETYS Universidad,  
Instituto Educativo del Noroeste, A. C.,  
Calzada CETYS, colonia Rivera s/n,  
Mexicali, Baja California, C.P. 21259.  
Tel. (686) 557-3700.  
www.cetys.mx

Primera edición, enero de 2021

ISBN: 978-607-98143-9-7

Edición y formación: Néstor de J. Robles Gutiérrez  
Corrección: Mireya Salazar Robles  
Diseño de cubierta: Rosa Espinoza

La presente es una edición de circulación cerrada y exclusiva del CETYS Universidad. Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

IMPRESO EN MÉXICO

ÍNDICE

Prólogo <i>Pedro Ortega Ruiz</i>	9
Introducción: Lo que perdimos en el fuego	17
Los educadores no olvidan a los olvidados <i>Alberto Gárate Rivera</i>	31
Escuela indígena: Filemón y la esperanza de los olvidados <i>Iván de Jesús Contreras-Espinoza</i>	53
La música en la escuela: El maestro Martín traspasa fronteras <i>Shajaira Murrieta Villarreal</i>	77
Yola, la maestra que sembró, cuidó y cosechó esperanza tras la rejas <i>David Omar Pérez Solórzano</i>	95
La educación es un camino de esperanza: El relato del profe Emiliano <i>Elsa Martínez Regalado</i>	117
Sin el otro no hay nada: El relato de la maestra Cusi <i>Alejandra Caso Corella</i>	137

La docencia en escuelas bilingües en Estados Unidos: Un testimonio de liderazgo y acogida <i>Carol Ann Barry Mc. Cubbin</i>	157
¿Conoces al profe Mike? Experiencia que ayuda a conectar con el otro <i>José María López Ortega Magallanes</i>	181
La promesa de la maestra Marta <i>Edgar Allan Romero Angulo</i>	201
Sobre los autores	225

## PRÓLOGO

Pedro Ortega Ruiz\*

En el libro *A la intemperie: Conversaciones desde la pedagogía de la alteridad* (Octaedro, 2019), se dice:

En el discurrir de nuestra existencia, vamos dejando huellas inconfundibles de nuestras creencias o convicciones éticas, de cómo hemos afrontado la tarea de vivir. A través de ellas se puede narrar lo que hemos sido y vivido. Son nuestro legado y testimonio. Es nuestra “condición” que nos acompaña siempre.

Estas palabras encajan perfectamente en la trayectoria personal y profesional de los protagonistas del libro *Educadores y pedagogía de la alteridad: Narraciones desde la experiencia*. Ellos nos ofrecen el testimonio de cuáles son sus creencias o convicciones éticas, de cómo afrontan, día a día, la apasionante tarea de educar. No se arre-

\* Catedrático jubilado de la U. de Murcia, España. Iniciador de las primeras reflexiones y planteamientos teóricos sobre la pedagogía de la alteridad. Su libro más reciente, publicado por Octaedro, España, es *A la intemperie* (2019).

dran ante las dificultades, “aunque caiga un aguacero”, como el maestro Filemón, ni sucumben ante las presiones de aquellos que quisieran que todo siga como está. Saben que se deben a cada alumno y a su comunidad y solo de ellos deben responder.

Es gratificante encontrar educadores, como los protagonistas de estos relatos, testigos de un modo ético de entender y hacer la educación, un modo de traducir a la práctica el principio básico de toda acción educativa: *la educación empieza en el otro y acaba en el otro*. No son los intereses del educador los que cuentan a la hora de educar, ni siquiera sus preferencias éticas por muy respetables que fueren. Es el otro (el alumno), en su circunstancia o contexto en el que vive, el que nos prescribe en qué valores éticos debe ser educado, no la voluntad del educador ni de la Administración Pública. La educación siempre se debe hacer “a pie de obra”, a la luz del contexto o circunstancia que envuelve a cada alumno.

La sociedad acostumbra a honrar a sus héroes, aquellos que los medios de comunicación ensalzan y entronizan, y los convierten en iconos, referentes de una conducta a imitar. Pero suele caer en el error de ocultar la historia de sacrificio que les acompaña, despojados de la parte de su vida que los hace próximos, de los “nuestros”. La sociedad del consumo devora a sus propios héroes, los deshumaniza y los convierte en estatuas o en piezas de museo; nos oculta la parte admirable, sacrificada de su vida que les llevó hasta el reconocimiento público de una existencia que ha merecido la pena de ser vivida. Los educadores que aparecen en este libro son personas “normales”, que no esconden sus limitaciones y contradicciones, al contrario, conviven

con ellas. Desde esta convicción se convierten en *testigos* de aquello que proponen en sus aulas, como la maestra Marta. El educador, si es tal, es coherente entre lo que dice y practica. Sólo desde la verdad de la propia vida se puede educar; sólo desde la verdad la educación se hace transparente. Es quizás la característica más relevante que aparece en estos relatos: ser *testigos* de los valores éticos en los que ellos intentan educar.

La educación que se ha dado en nuestros centros de enseñanza ha prescindido, en gran parte, de la *experiencia*, como si fuese suficiente acudir a los conocimientos que nos aportan los libros para llevar a cabo la compleja tarea de educar. Se ha olvidado o infravalorado el papel que tiene el educador como testigo en la transmisión y propuesta de una manera ética de “estar en el mundo” y de relacionarse con los demás. La atención y el cuidado al otro, el respeto a cada uno de los alumnos en sus valoraciones y conductas legítimas, la deferencia y preocupación por los otros son señas de identidad de una educación con *rostro humano*. Esto no se aprende en los libros, es el legado de unos profesionales con “alma” de educadores, como los maestros Martín Peralta, Yolanda, Marta...

Mientras leía los relatos de este libro, venían a mi memoria recuerdos de mi infancia. Tuve la inmensa fortuna de encontrarme con un maestro que tenía alma de educador. Se fijó en mí, me tomó de su cuenta, y me acompañó en mis primeros pasos por la escuela. Esta “circunstancia” ha marcado toda mi vida. Son muchos los maestros anónimos que están cerca de sus alumnos, que los acompañan y orientan en su proceso de formación, que conocen las dificultades con las que se enfrentan para no

abandonar la escuela, que les animan a seguir adelante, que no dejan a nadie tirados en el camino e intentan, una y otra vez, obrar el milagro de dar esperanza a quienes la habían perdido. En nuestros salones de clase hay muchos educadores, buenos samaritanos del pasaje evangélico. Muchos que se olvidan de sí, de su comodidad para implicarse en la suerte del otro, que dejan muchas cosas de lado y eligen estar junto a los más vulnerables y acompañarlos en la trayectoria de un camino de liberación, como la maestra Yolanda. Estos maestros han entendido que educar es servir, acompañar y hacerse cargo del otro. Han entendido que la educación no va unida al poder, “porque lo humano sólo se ofrece a una relación que no es un poder”, escribe E. Levinas.

Estoy convencido de que los héroes de estos relatos no han pensado nunca en ser modelos de vida para nadie, ni siquiera para sus alumnos, tan sólo quieren ser, y lo son, testigos de otro modo de educar, testigos de la esperanza de una escuela con rostro humano aun en las condiciones más adversas, allí donde la inhumanidad de esta sociedad se hace visible en las víctimas de los niños “descuidados” en la calle, sin más apoyo que la palabra y la acogida de unos maestros que hacen de su tarea de cuidar al otro la razón de su vida; testigos, en fin, de que la frialdad e indiferencia que invade la vida social no tendrá la última palabra. Sí, la educación es un camino de esperanza, como escriben las maestras Elsa y Carol.

Hay educación si se prescinde de la experiencia de vida del educando. Experiencia y educación es un binomio inseparable, constituyen una misma realidad. Separarlos es abocar al proceso educativo a una caricatura de

sí mismo, a un triste entretenimiento. Olvidar la experiencia es situarse fuera del tiempo y del espacio en la acción educativa, es actuar en el vacío. El ser humano es un ser que hace de la circunstancia o contexto su hábitat natural, y fuera de él no tiene posibilidad alguna para existir. Es un ser que piensa, dotado de la palabra (discurso), pero también siente (goza y sufre); es un ser de sentimientos y pasiones que, con frecuencia, deciden nuestras conductas. Es un ser que “padece” (experimenta) la vida en sus éxitos y fracasos. El ser humano es “circunstancia” y es experiencia. Y la única manera de llegar hasta él, es que nos narre, nos cuente la experiencia de su vida, para poder ayudarlo en su proceso de formación. En la educación no nos encontramos con seres ideales, abstractos, sino con individuos concretos que sufren y gozan, con experiencias muy diversas que moldean sus vidas. Por eso no es posible educar si se prescinde de la experiencia.

Las experiencias narradas en estos relatos deberían ser de lectura obligada en las escuelas de formación del profesorado. Contribuirían a una formación más apegada a la realidad que envuelve a la escuela, y a la vida concreta de nuestros alumnos, la única manera de educar y no entretenerse en hacer “otras cosas” que siempre responden a intereses ajenos a las necesidades de los alumnos más vulnerables. En algunos escritos he reivindicado una escuela *con rostro humano*. No debemos esperar que la escuela, en su conjunto, ofrezca un rostro humano. Pero basta que los alumnos encuentren a un solo profesor que sea para ellos ayuda, acompañamiento y acogida. Él será el rostro humano que necesitan en su proceso de formación. Cada uno de los maestros y maestras que aparecen

en estos relatos es un rostro humano que da esperanza a muchos niños, adolescentes y jóvenes que necesitan que alguien se fije en ellos y les abra un horizonte de vida. En pocas palabras: que los ame. “La educación sin amor no es eficaz”, escribe López Ortega.

La escuela “bancaria”, como dice el pedagogo universal P. Freire, ha prestado poca atención a la influencia que el alumno ejerce en el educador. Y la educación es siempre un proceso que discurre en dos direcciones: de educador a alumno, pero también de éste al educador, siempre vinculada a la experiencia como contenido esencial de la acción educativa. Llevados por un concepto de la educación, anclado en el papel *exclusivo* del profesor en los procesos educativos, reivindicar la influencia del alumno en la educación del profesor parece cuando menos una “ocurrencia”. Y la experiencia nos dice que nadie es impermeable a la corriente de “complicidad”, empatía, afecto y estima que se establece entre educador y educando. Pero no solo el alumno, también la comunidad ejerce un poder transformador sobre el profesor, porque la escuela no es una isla perdida en su entorno, al contrario, forma parte de él y a él se debe.

Desde estas páginas doy mi más cordial felicitación al Dr. Gárate por esta feliz iniciativa y a los autores de estos relatos por sacar a la luz unas experiencias educativas que hacen posible una vida más *humana*. Ellos anticipan un futuro en el que todos nos podamos reconocer como habitantes de la *casa común*, con los mismos derechos y los mismos deberes, en la igual dignidad de todos los seres humanos. A la luz del drama social y sanitario que nos depara la COVID-19 se hace evidente que *nadie*

*se salva solo, nos salvamos todos en comunión*. Hemos tenido que sufrir una tragedia global para tomar conciencia de que nuestra suerte como individuos está ligada a la suerte de los demás. El testimonio de los protagonistas de estos relatos es una bocanada de solidaridad que hace nuestra vida individual y social un poco más llevadera, más *humana y fraterna*, porque una sociedad construida sobre estrictas relaciones de justicia se convierte en una sociedad inhumana. “Pienso más bien... que la caridad es imposible sin la justicia, y que la justicia se deforma sin la caridad”, escribe E. Levinas.

Es fácil percibir que los maestros y maestras que aparecen en estos relatos han entendido la educación desde una nueva perspectiva, distinta, a la que, con frecuencia, se practica en los salones de clase. Para ellos, la educación que practican comporta no solo “otro modo” de pensar, sino, también, otro estilo de vida; comporta una nueva filosofía de la educación y, también, otra filosofía de la vida. ¡Enhorabuena por este feliz alumbramiento!

*Murcia, octubre de 2020*



INTRODUCCIÓN:  
LO QUE PERDIMOS EN EL FUEGO

Alberto Gárate Rivera

*En estos tiempos de contingencia, de alta incertidumbre, estamos instalados en la velocidad, no en la perfección.*

Este escrito es sobre los profesores, más concretamente, sobre los excelentes profesores, caracterizados como *educadores*. La primera interrogante que cabe aquí es preguntarnos si, en estos tiempos, *tiempos de fuego, de pérdidas en el fuego*, turbulentos, llenos de contingencias y de incertidumbre donde la escuela, a decir de algunos críticos, ha dejado de cumplir su función formadora, existen aún los educadores. La segunda es, en caso de que tuviésemos el atrevimiento de asegurar que sí, brotan otras preguntas: ¿Cómo son? ¿Dónde están? ¿Cómo se formaron? ¿Cómo trabajan en medio del fue-

go? ¿Es acaso que, lo que se pierde en el fuego ellos lo recuperan en las cenizas?

Somos subjetivos y tomamos partido: sí existen los educadores, aunque son escasos; sí debemos aprender de ellos en estos tiempos de incertidumbre. ¿Qué debemos aprender de ellos? De eso trata este libro. Su novedad pudiera radicar en dos aspectos clave: *a)* intencionalmente decimos qué, no cómo. Y es que si, para educar, aceptamos antropológicamente que la vida no se nos ofrece dada, la tenemos que hacer, la tenemos que proyectar y construir, y que la educación es una creación humana, debemos reconocer que ese acto –el de educar– siempre está situada en un contexto, es provisional, y su mayor rasgo es la singularidad. Por ello, en su capa profunda, no hay un cómo estandarizado. *b)* El segundo aspecto es la manera como ponemos al lector sobre el qué aprender. Nos introducimos a las vidas de los sujetos. Elegimos a un conjunto de educadores y bordamos sus trayectorias de vida. Es el acto histórico, la experiencia vivida, y la verbalización de esa experiencia la que nos lleva a reconocer las pistas de lo que debemos aprender.

Los profesores nos constituimos en gremio de resistencias, expresadas de diversas maneras. En ciertas ocasiones la resistencia es recomendable, por ejemplo, arrojados con un buen arsenal de valores morales, tenemos que resistir los embates de la posmodernidad que en su despliegue del *siempre más y el siempre más rápido*, va desgastando esos valores que permiten la sana convivencia del colectivo. En contraparte, otro tipo de resistencias no nos permiten distanciarnos de la realidad para interpretarla de una manera correcta. Defendemos al gremio,

nos creemos que somos un edificio funcional, arquitectónicamente bien diseñado, sin fisuras, y esta mirada nos impide reconocer que también somos víctimas del tiempo y del contexto. Esto último ocurre con frecuencia. Utilizo un relato para argumentar este punto. Ocurrió cuando contactamos a la directora de una escuela, educadora ella, por cierto. Narro el suceso.

Visitamos a la directora de una escuela secundaria ubicada en unos de los polígonos de pobreza de la ciudad de Mexicali. Habíamos iniciado una búsqueda en las escuelas de ese nivel buscando identificar a *educadores*, es decir, profesores cuyo ejercicio docente estuviera cruzado por cuatro atributos fundamentales:

Un formador desde los elementos *centrales de la ética docente*: responsable del otro, inspirador, enseñante desde el testimonio, capaz de crear un sentido de espera en los alumnos.

Un buscador permanente *del conocimiento*, capaz de entenderlo, generarlo y difundirlo.

Un innovador y creador de formas de *manejar el conocimiento*, capaz de desarrollar su práctica docente en diversos ambientes de aprendizaje.

Un profesional con *sentido de la ciudadanía*, comprometido con la responsabilidad social.

Pretendíamos desarrollar un proyecto de intervención educativa sobre narrativa escolar y pedagogía de la alteridad y para ello requeríamos justo eso: educadores en los cuales pudiésemos identificar los atributos enlistados.

—Vino usted al sitio indicado, la mayoría de mis profesores son educadores —me dijo en forma categórica Esther, la directora, apenas supo de que se trataba nuestra visita.

—¿Sí lo crees, directora?, ¿aun sin que te hayamos dicho cuáles son los parámetros que definen a un educador, y cuáles son las diferencias entre este y un buen profesor?

—Así es, señor, la gran mayoría de los 60 profesores que trabajan en esta secundaria son docentes muy comprometidos, todos los días hacen su mejor esfuerzo para lograr que sus alumnos aprendan.

—Déjeme explicarle, Esther, las diferencias que hemos trabajado para caracterizar a los profesores en este proyecto.

—Los escucho, pero insisto, la mayoría de mis profesores son excelentes.

Estábamos en la sala de juntas del edificio de la dirección. La jornada de clases había terminado y por fortuna, esa secundaria no se abría por la tarde, lo que nos daba algunos minutos para conversar, antes de que la directora saliera de estampida.

—Para fines de este proyecto —le decimos—, hemos hecho una clasificación de tres tipos de profesores. El primero es un *mal profesor*, caracterizado por varios rasgos: falta frecuentemente, no prepara sus clases, entra al salón y habla de cualquier cosa, menos del contenido de la materia y, muchas veces, la autoridad lo manda a impartir el curso de química, siendo que estudió literatura. ¿Le queda clara la caracterización de lo que es un mal profesor? —La directora nos veía con interés, como pensando: ¿a dónde van estos? Aún con ello, asintió con la cabeza.

—El segundo tipo de académico es el *profesor*, sin adjetivos. Los que están en esta clasificación se caracterizan por asistir con regularidad a un salón de clases, pueden hacer planeación, pueden estar enseñando las materias cercanas a su formación, pueden incluso ocuparse de una buena evaluación pero, no van más allá de cumplir con un trabajo, no son innovadores, los directores de los centros escolares no esperan de ellos proyectos novedosos, ni la utilización de recursos y estrategias didácticas creativas y, yendo a un mayor nivel de profundidad, dan su clase pero no se comprometen con sus alumnos, entendiendo por comprometerse el llevarlos a un nivel de aprendizaje superior.

Hacemos una pausa y un silencio momentáneo llena la sala. La directora se levanta de la silla y va a la ventana. Ve la explanada, los salones vacíos, el polvo que todavía flota en el ambiente, la pintura maltrecha de los edificios, la basura desbordada en los botes. Da la sensación de que su seguridad inicial se va desmoronando. Luego regresa y pregunta:

—Y entonces, ¿el tercero es un *Superman*?

—No tanto—le respondemos—, sí un sujeto raro en estos atribulados tiempos de incertidumbre y de crisis en las escuelas. Vea, el tercero de la clasificación es el *educador*. Piense usted en ese profesor modelo que claramente se ve que lo que lo mueve es la vocación, que lo que hace siempre llama la atención, que sus alumnos lo elogian, no por ser buena persona o tener un bajo nivel de exigencia, sino todo lo contrario, porque con ese tipo de docente, el aprendizaje es dúctil, diverso y duradero. El educador siempre está, siempre escucha. ¿Qué le deci-

mos? Educa desde la responsabilidad por el otro, lo hace desde el testimonio y, una cuestión fundamental: logra hacer pensar a sus alumnos que la escuela vale la pena, que estudiar siempre es una apuesta por el futuro, que en el mañana existe una promesa. Y esto que le planteamos, Esther, no vaya a creer usted que es una utopía.

La mujer nos ve. En su cabeza revolotea la idea de que le tendimos una trampa. Se siente desnudada por su ímpetu inicial y descubre que sus atalayas no son tales. Aun así, es profesora y le queda un aliento final con el que defiende al gremio.

—Bueno, asumiendo que su clasificación sea correcta, reconozco que habrá un par de malos maestros, no más de cinco, por cierto, y acaso veinte profesores. Sin embargo, insisto, al menos el 50 por ciento son educadores.

Ante esa posición, no quedó más que describirle la realidad que ella misma se negaba aceptar.

—Lamentamos decirle, señora directora, que los datos que tenemos sobre esta escuela nos dicen otra cosa. Mire usted, el semestre pasado no se impartieron el 53 por ciento de las clases programadas. ¡Más de la mitad! Eso significa que, si en un día normal se debían impartir seis horas de clase, sólo se tenían tres. No se sienta agredida, esos datos también aplican para otras escuelas secundarias que están en la periferia de la ciudad. ¿Sabe lo que significa tan alto nivel de ausentismo de los profesores? Que no hay compromiso, que en muchos de ellos priva la irresponsabilidad, que el aprendizaje de los alumnos no se logra y, lo que es peor, la aspiración, el deseo si usted quiere llamarle así, de sus alumnos por acceder a estudios del bachillerato, sufre

serias resquebrajaduras. ¿Sabe usted el porcentaje de egresados de esta secundaria que logran pasar el examen del bachillerato?

No hubo respuesta. La directora casi nos corría de ese centro escolar. Sin embargo, habíamos ido con ella porque sabíamos de su trayectoria, claramente su historia de docente nos llevaba a clasificarla como educadora. Su defensa primaria tenía que ver con el dolor que provoca aceptar una realidad. Al final de esta conversación, Esther terminó por reconocer que contaba con los dedos de una mano a los educadores que tenía en esa secundaria. Supimos sus nombres y con ellos trabajamos. Ciertamente, es complejo reducir el grosor a las resistencias.

Octavi Fullat, el reconocido filósofo español, a sus 82 años de vida se debatía como gladiador en los escenarios universitarios con ideas como esta:

No crean que soy fatalista, pero para responder a la pregunta de la verdad, ciencia, realidad, quiero decir que los seres humanos estamos malditos. El hombre es un animal incesantemente perfectible. Nunca quedamos civilizados del todo, educados de una vez por todas. Estamos cruzados por un cambio incesantemente.

Cuando bajaba del enfoque epistemológico para instaurarse en el deber ser del profesor, en los atributos empíricos que podríamos ver en él, tomaba partido por estos rasgos:

Los docentes nos apegamos a ciertas creencias que nos vienen de nuestra experiencia vivida. A estas alturas de mi vida, creo que el profesor debe dar su clase de pie, no detrás de un escritorio. Debe respetar, atrapar y tener el contacto directo con los alumnos. No hay otra forma de no faltarle al respeto. El profesor se hace reconstruyendo sus ideas a través de esquemas que va mostrando a sus estudiantes. Ejercemos una profesión pública y eso merece una liturgia, por tanto, por respeto para los otros y para mí mismo, procuro siempre ejercer esa actividad bien vestido.

Octavi Fullat es un profesor clásico, extraordinario comunicador y dueño de un conocimiento casi enciclopédico. Requiere sólo una pizarra (lo más grande posible) y un buen número de tizas, para detonar en el otro, el estudiante o aprendiz del saber, el interés necesario para lograr los aprendizajes. No necesita de artilugios modernos, ni de plataformas electrónicas, ni de presentaciones con diseños atractivos, se planta frente a un grupo sólo con su voz apasionada, sus manos de molinos, su torrente de historias y de libros y deja salir por su boca las palabras. Con eso le alcanza. Él se fraguó en otro tiempo, bajo otro fuego, con los rituales de otra época.

Los profesores de hoy, precisemos: *los excelentes profesores o educadores*, son de otra latitud, no podemos buscarlos en las huellas de grandes pensadores que, al mismo tiempo, fueron o han sido educadores. Este texto va en busca de los educadores modernos, los de carne y hueso, los que tienen que enfrentarse al fuego sin perecer en esa osadía. Hay que buscarlos en las cenizas, en ese territorio de heridas en el que parece imponerse el caos a la promesa esencial de la educación.

Y otra muestra de ese estar en el fuego lo relató otro educador, azorado por ese mal profesor al que no le importaba dejar una clase por cualquier pretexto.

Aconteció en la explanada de una escuela primaria pública ubicada en una colonia popular de la ciudad de Mexicali. Sólo la calle principal está pavimentada. Habitan el lugar obreras de maquiladora, vendedores ambulantes, albañiles, mecánicos de barrio y, dada la cercanía con el muro fronterizo que divide a México de los Estados Unidos, algunos que se dedican a intentar pasar indocumentados, y en esta actividad no hay distinción entre hombres, mujeres e incluso adolescentes. Nos referimos a una comunidad que es sujeta de la desigualdad social en la vertiente económica.

Fue uno de sus actores el que me relató el hecho. Todavía tenía capacidad de asombro, a pesar de tantas historias de mediano terror que había vivido en sus 25 años de ser profesor de educación básica. Era un docente con vocación y un creyente irrestricto de los fines de la educación. “Siempre hay manera de hacer algo por los niños que viven en el desamparo”. Era su máxima de trabajo, y el hombre intentaba ejercer su profesión desde el testimonio, primero como maestro y en sus años finales de magisterio, como director de esa escuela primaria. El hecho ocurrió un lunes por la mañana de un día de invierno inusualmente nublado en esa ciudad del desierto. Acababa de concluir los *Honores a la bandera*, típica ceremonia cívica de inicio de semana y los grupos desde primera a sexto año estaban ya en sus salones de clase. El

director ha resguardado la bandera y felicitado a las niñas que conforman la escolta. También se ha dado una vuelta por los salones, la cooperativa escolar, el área de juegos, el almacén, y todo parece estar en su sitio. La explanada luce vacía y limpia. Hecho ese rondín, se apresta revisar los interminables formularios que le envían del Sistema Educativo para monitorear el avance del centro escolar. En ello está cuando mira nuevamente a la explanada y ve algo que lo desconcierta: el profesor Eduardo, del sexto año B, ha salido del salón con sus 30 alumnos y se enfila hacia la puerta principal. El director va a su encuentro y detiene su marcha.

—¿A dónde vas con tu grupo, Eduardo?

—Ya nos vamos, director, voy a dejar que los niños se vayan a sus casas.

—¿Qué los niños se vayan a sus casas? ¿Por qué, si apenas son las nueve de la mañana?

—¿Qué no ve usted el cielo, director? Las nubes están muy negras, va a llover. —El director alza su vista y ve algunas nubes grises, y otras mayoritariamente blancas. La probabilidad de que lloviera esa mañana era tan remota como el asegurar que de los 100 alumnos que tenía en sexto año esa escuela precaria, 90 iniciarían una carrera universitaria. Imposible.

—¿Va a llover? No está lloviendo en estos momentos, ¿cómo es que aseguras que va a llover?

—Pues... por eso, porque el cielo está lleno de nubes, director, no tarda ni tantito. Entonces, es preferible que se vayan ahora porque ya ve cómo se encharcan las calles.

—¿Quieres dejarlos ir para que no se mojen o para que tu carro no se ensucie con el lodo de las calles?

—¿Cómo cree, director? Quiero que se vayan a sus casas para protegerlos. Si se mojan les puede dar hasta una pulmonía. —El director sabe perfectamente que el profesor está esgrimiendo un pretexto para no trabajar esa mañana. Desde que él llegó a la dirección de esa escuela, Eduardo se ha caracterizado por ausentarse con cierta frecuencia.

—Regresa a tu salón, Eduardo, y enseña a tus alumnos a entender lo que leen y a que razonen las operaciones matemáticas.

—No, insisto en que nos vayamos. —Los 30 niños, con mochilas en las espaldas, veían la discusión de su profesor con el director. A decir verdad, muchos de ellos deseaban que el pleito lo ganara el primero. Siempre resulta emocionante salir de la rutina.

—Vete tú, yo me hago cargo de ellos, no vaya a ser que el que pesque una pulmonía seas tú. Niños, regresen a su salón.

—Pero no me va a descontar el día, porque voy y me quejo al sindicato. Es mi obligación cuidar de mis alumnos.

El director tenía el insulto en la punta de la lengua, pero no podía permitírselo teniendo enfrente a los alumnos. Vio que Eduardo caminó rumbo a la salida cargando su maletín y él se metió al salón a repasar los temas de matemáticas. Ya habría tiempo para elaborar los reportes que le solicitaba el Sistema Educativo.

Y el tipo ese, profesor chambista, se fue. ¿Mundo de incertidumbre? ¿Mundo de confusiones? ¿Nos deja algo el fuego?

Esta introducción lleva como título “Lo que perdimos en el fuego”. Intenta, a todas luces, ser una metáfora. En su rostro más conocido, el fuego es dañino, acaba con casas, consume pastizales, ataca con fiereza a los bosques. El fuego es temido y cuando se desata, es temible. Arrasa a su paso como una pandemia incontrolable; deja pocas cosas con vida o funcionando. En contraparte, en su expresión menos conocida, el fuego es una fortaleza. Uno de los grandes saltos que dan los homínidos para distanciarse de los otros animales, es el conocimiento y domesticación del fuego. La evolución del *homo*, a partir de ello, representó un parteaguas tan grande como el nacimiento de la agricultura, miles de años después. En ese contexto, por temor o reverencia, por poder o lealtad, el fuego estuvo ligado a una gran cantidad de culturas prehistóricas.

El título tiene un origen hasta cierto punto alejado de la educación. Como otros tantos, viene de las palabras. De las que inventaron otros seres con la inspiración en las venas, se dan combinaciones que las hacen parecer nuevas. Este en particular surge de la película *Los siete magníficos* (2016) cuyo actor protagónico es Denzel Washington. El hombre llena la pantalla con un cuerpo ya viejo y con algunos kilos de más. Traje oscuro de *sheriff* de pueblo del Oeste. Camina con lentitud en medio de la única calle de aquel villorrio, su mano derecha toca la funda donde se resguarda la famosa *Colt*. Ve por el rabillo del ojo hacia la azotea de la cantina y del único hotel, alerta por si queda algún integrante de la banda que asola ese espacio del inframundo. Sus seis compañeros han acabado con una gavilla de matones que trabajaban a sueldo para el despiadado capitalista explotador de una

mina cercana al pueblo. Concluye su andar justo frente al porche de madera de la oficina del alguacil. Recarga su cuerpo en el barrote que sostiene una esquina de la rama y mantiene la mirada perdida en el horizonte. En eso llega el más cercano de sus pistoleros. Han vivido juntos cientos de aventuras buscando enderezar entuertos y saben que esta limpieza es apenas una tregua. Un ejército de malhechores llegará en los próximos días a reconquistar el sitio. Saben ambos que si salen vivos de esta, ya no tendrán fuerzas para otra batalla campal. Escupe las palabras el amigo.

—Tantas balas, John, tantos muertos, tantas batallas que ya no me alcanza la memoria. ¿Habrán valido la pena? —La cámara hace un acercamiento al rostro del actor consumado y su voz sale como de las catatumbas:

—No lo sé, Pete, ningún hecho es como otro, aunque se parezcan mucho. Lo que nos queda a los que hemos transitado por estos tiempos violentos es reconocer que *lo que perdimos en el fuego, lo hallaremos en las cenizas*. —La cámara se aleja lentamente y lleva al espectador al templo que está al fondo de la calle. Lo que queda de él después de la batalla es sólo humo y muchas cenizas.

De pronto *lo que perdimos en el fuego* va a contra sentido de un profesor que inspira a otros, que logra que sus estudiantes alcancen el más elevado nivel de aprendizaje. Ese tipo de profesores nada pierden, su creatividad y la constante innovación de su práctica docente los lleva a encontrar, más que perder. ¿De dónde entonces este título y por qué? Porque debo reconocer que, aun viendo a la escuela desde un optimismo crítico, admito que mucho hemos perdido en el fuego, que la incertidumbre es una

constante y que la crisis no lo es menos. Es la incertidumbre, el alejarnos paulatinamente de los fines de la educación, y probablemente lo peor es no ser conscientes de ello.

También partimos de otra premisa clave: existen los buenos educadores. En el fuego se han perdido y se están perdiendo muchos profesores. Desde el fuego surgen o resurgen los educadores, no como una epopeya heroica, sino desarrollando un trabajo completamente enfocado a los cuatro principios básicos del educador: educar desde la acogida, adherirse al principio responsabilidad, ejercer su trabajo desde el testimonio, bordar, construir con su trabajo las vías por las que transita la esperanza. Este tipo de experiencia educativa siempre deja huella, indeleble, de largo alcance. A los educadores los reconocen los estudiantes a los años, cuando los recuerdan porque gracias a tal profesor, hoy estoy aquí, o hago esto, o me siento un ciudadano de provecho. La ejemplaridad es fundamental.

No es un trabajo anclado en el deber ser, o en la idea, o basado en la ilusión; es un trabajo concreto, de contexto específico, enraizado en el mundo cotidiano. Pudiera parecer un contra sentido desarrollar una actividad docente de esa magnitud cuando el mundo, los sistemas económicos y los educativos, privilegian otro tipo de valores y de talentos. Pues son y están.

De eso trata este libro, de las trayectorias de algunos educadores y de lo que debemos aprender de ellos. El optimismo crítico nos lleva a aseverar que, sabiendo buscar, siempre se encuentra algo bueno en las cenizas.

## LOS EDUCADORES NO OLVIDAN A LOS OLVIDADOS

Alberto Gárate Rivera

Darí­a la impresión que de las cenizas que produce el fuego, surge un pa­ís inventado, una suerte de mundo de seres inspirados. Y es que lo ú­nico que cabe, entre tanta complejidad y en ese sitio de desiguales, es inventarse. El educador es lo que hace: se inventa un mundo paralelo y desde él actúa, sin importar un fracaso, u otro, u otro, luego aparece el é­xito, el logro.

Me niego a buscar los grandes relatos para sustentar un planteamiento como el anterior. Más bien los argumentos de peso hay que buscarlos en el día a día, en esos profesores que son movidos por una vocación irrestricta. Por ejemplo, en Filemón, un maestro de una escuela indígena que en sus primeros años de docente abría los ojos con azoro, y desde ellos veía que el contexto cultural del mundo indígena le arrebatava a sus alumnas de sexto año que preferían a un hombre que a los libros. Las niñas se hacían mujeres y una de esas tardes de viernes dejaban los cuadernos en su mesabanco y ya no regresaban más. Filemón sufría las pérdidas, las rumeaba cada que regresaba a casa; pensaba en ellas al momento de preparar su